

De TEOFILO CID

# IMAGEN DEL POETA JORGE CÁCERES

**A**L LEGAR la prima- vera de 1949, precisamente el 21 de septiembre, moría en esta capital mi amigo el poeta Jorge Cáceres, ejemplo de artista múltiple y precoz. En sus veintiséis años de vida había cultivado la música, la poesía, la danza y la pintura. Profesó indudablemente por una celeste luz, su destino irradió resplandeciente claridad y des- cendió en meridianos sueños de juventud. Nada hay tan hermo- so como una juventud cautivada por el entusiasmo.

Jorge Cáceres perteneció a ese helénico, por llamarlo así, grupo de hombres desinteresados, que envuelven en rosas de alegría hasta sus pensamientos más grises. No recuerdo haberle visto triste jamás, aunque siempre guardó serena compostura y siempre mantuvo equilibrado trato con el mundo.

El arte, traspasando su naturaleza, había encendido dentro de su espíritu una llama de azul

y demarcado resplandor. La primavera, al recoger su vida en ciernes, no hizo sino apoderarse de algo que ya era suyo desde el principio. Cáceres, poeta en flor, era un producto primaveral y en primavera, por lo tanto debía pagar su tributo: la noche insondable.

A cinco años de su muerte sus amigos parecían olvidarlo. Conturbados por preocupaciones

plantel cuando el llamado de la poesía logró cautivar su cora- zón, enderezando su destino hacia la arriesgada peripeia poética que en un tiempo sig- nificó Mandrágora. Antes de eso, a los quince años, había pu- blicado en revistas extranjeras y nacionales poemas de corte clásico, que, sin duda alguna, reflejan el apasionado estado de su alma adolescente, pero que carecen del valor que consi- guió más tarde, cuando logró liberar su pensamiento de la forzada prosodia tradicional. Entonces, como colaborador de la fecunda revista Mandrágora y de otras publicaciones de vanguardia, Jorge Cáceres conquistó determinante preponde- rancia en el desarrollo de la poesía en nuestro país.

Artista plural y heterogéneo, Jorge Cáceres se valió también de la danza para expresar su extraordinario y precoz crecimi- ento espiritual. En el Ballet del Instituto de Extensión Musi- cal llegó a ocupar el cargo de primer bailarín, junto a Al- varo Bunster. Con verdadera unción y pesar recordamos su angelica labor de interpretación en las diversas presentaciones de dicha institución, labor que culminó con su intervención pro- tagónica de "La Leyenda de José".

A poco de regresar de Euro- pa, en donde colaboró como poeta y pintor en las manifi- estaciones del grupo surrealista, Jorge Cáceres moría. Han trans- currido cinco años desde el lucido y oportuno acontecimiento; pero el tiempo nada ha podido. Su recuerdo está presente aun en los hermosos "collages" que su ge- nio pictórico inventó, y en la insurgencia de sus dulces me- táforas.

Aún recuerdo el día que lo co- nocí, invitado a visitarlo, en el viejo Internado, por el poeta Gonzalo Rojas, que allí, como



## Leña menuda

En China se conoce la lindegada desde el año 1200 antes de nues- tra Era.

Los abisinos para curar el dolor de cabeza, trituran sangrinas en el cerebro del bellido.

En los festines de los antiguos romanos se servían a cada invita- do tantas copas como letras tenía su nombre.

Los polonésas adelitan sus llama- das por el nombre de "silangamas".

El primer puerto chino que se abrió a los europeos fue Macao.

En el verdadero teatro chino se preside de las mujeres para su representación, y los papeles femeni- nos son desempeñados por hombres disfrazados.

triviales, aherrojados en una cárcel de mutismo, los que fuimos sus amigos hemos andado un largo trecho sin el estímulo augural de su recuerdo. Hoy, empero, su imagen ha surgido aérea, ahuyentando toda pre- sente pretensión inocua. En ni memoria su imagen ha vivido envolviéndola en majestuosos pliegues de armonía, tal un eco de florales resonancias.

Nació Luis Sergio Cáceres, que así en verdad se llamaba Jorge Cáceres, en la ciudad de Santiago el año 1923. Desde pe- queño demostró acusado interés por el arte, siguiendo cursos de piano y de música. Más tarde, hizo sus estudios en el Interna- do Nacional Barros Arana, en donde se reveló, más que como un escolar estudioso, como una personalidad. Estaba aun en ese

Compartía entonces su hogar con su cuarta esposa, Madeleine, una hermosa belga de ca- bellera rojiza, color bronce, ex- tremadamente larga y abundan- te, que cubría su espalda como un manto y hacía recordar al- guna imagen de la divina peca- dorra homónima suya, arrojada a los pies del Redentor para enjugárselos con sus propios cabellos después de haberlos un- gido con el aceite de nardos. Era una evocación involuntaria que sugería inmediatamente la bella rubia Madeleine de Fouj- ta.

Me había pedido, en un re- portaje que le hice para "La Nación", de Buenos Aires, que anunciara su próxima venida a la "Amelique du Sul", que de- seaba conocer y recorrer de un

estudiante universitario, des- empeñaba un cargo inspectivo. Jorge Cáceres era un niño to- davía; no tenía quince años. Me maravilló, en consecuencia, escucharle ese poema que más tarde publicó la revista Man- drágora, esos versos que co- mienzan así:

"A la llegada de los pájaros  
ellos son víctimas del sol  
ese sol que ni respeta, sol de  
la coeta...

Esa misma tarde conocía a

Ante la expectativa general, abrió su exposición en el Salón Müller, de Florida, situado en el segundo piso, al que se subía por una escalinata no muy an- cha. La afluencia de público fue tan grande que la casa que- dó materialmente invadida desde la planta baja, haciendo casi imposible el moverse en su in- terior. Foujita y Madeleine, aten- torizados ante el inmenso pen- to, se habían refugiado en un desván, al fondo de la galería. Nos costó trabajo ubicarlos para presentarles a Alfonsina Storni; el escultor Luis Perlietti; Gastón Talamón, crítico de arte de "La Prensa", y otros ami- gos que iban conmigo a concer- tos. Los encontramos al fin, temblorosos y casi balbucientes. Jamás una exposición del pintor había provocado esa avalancha de gentes que se renovaba sin cesar, mirando y remirando sus cuadros. Les explicamos que no tenían por qué tener nada y que eso no era más que una de- monstración de interés y admiración por la obra del artista y se tranquilizaron. Accedieron a salir a las salas donde se ex- hibían las telas, cuando el pú- blico fue haciéndose más esca- so, una hora después de la fi- jada para cerrar la galería...

La exposición estaba dividida en dos amplias piezas: en la primera se hallaban reunidos los lienzos pintados por Foujita de Brasil, y en la segunda se ad- miraban los que había traído desde París. Entre una y otra sala había tal diferencia que parecían contener obras de dos artistas no solamente distintos, (PASA A LA PAGINA XI)

Luis Oyarzún actual Decano de la Facultad de Bellas Artes, y en ese entonces el amigo más querido de Jorge, ¡Oh, tarde del mes de abril, pasando por los patios de la vieja casona licea- na, tú nos viste, en edad escalonada, siendo yo el más vieja a Gonzalo, a Luchó y a Jorge! El más hermoso entusiasmo, el de la juventud, nos dominaba. Recordar ciertas cosas, amigos míos, es para llorar.